Cuentos de Carmen Lyra — Serie "Bananos y Hombres"

RIO ARRIBA

En las zonas bananeras tiene más valor un racimo de bananos que un hombre

Madera de ADOLFO SAENZ

La lancha *El Parismina* remonta el río en su viaje semanal. Ha salido a medio día con todo el sol. Trae un cargamento de cacao y unos cuantos pasajeros, entre los cuales viene una familia que emigra a otra finca: el hombre de edad indefinible, seco, alto, excoriado el clima ardiente, el paludismo y el alcohol lo han retorcido como retuerce el fuego una rama verde. La mujer y los chiquitos, seres anémicos, raquíticos, hinchados; esos niños que no han probado más leche que la materna. Emigran con todo su haber: unas ollas negras y unos trapos dentro de sacos de gangoche. Viene también el gefe del Resguardo a quien acaban de nombrar, sobrino de una amiga de la mujer con quien vive uno de los ministros de Estado; es un joven de San José con cara de comemaíz, criatura inútil que lo único que ha aprendido es a beber muy bien y a haber. Su rapaje es bajo, sus medias de seda rayadas, su charla insustancial y su pelo peinado hacia atrás como los intelectuales cursis, desentonan entre aquella gente silenciosa que lo mira como se pueden mirar unos arreos, un cielo o cualquier otro adorno de joyería barata en las uñas de los comisarios.

El gris del cielo es para la mirada una lámina dura de metal caliente. Diríase que los émbolos y las válvulas del viejo motor de la lancha, han cogido a paradas el silencio espeso que oprime el paisaje como una copa copesa de hule caliente.

Sube lenta la lancha sobre el lomo del río amodorrado. En las riberas, cañuela, zainas, maraña insoluble, bananales y cacaotales. Los cacaotales ponen sobre la monotonía del verde, la nota de sus hojas rosadas; sus frutos amarillentos penden como senos alargados de mujer que ha amamantado mucho. Esta vegetación lujuriosa embriaga la vista. Bajo la tierra las simientes se abren paza dar a luz: se adivina su inquietud fecunda. Los brotes asoman a flor de tierra, dispuestos a luchar para abrirse paso; tratan de ahogarse mutuamente, se arrastran, se enlazan, suben estrangulándose. Los más fuertes se empinan y aplastan a los otros, y cuando logran subir, el fuego del sol o la tenacidad de la lluvia salen al encuentro de su triunfo y lo adormecen.

De cuando en cuando un lagarto que dormita al sol o un rancho cuyo techo de palma parece abrumado por el calor. A menudo, frente a estas habitaciones hay cuerdas tendidas con brazos de cariz de chanchito de monte que se secan al sol. De los surcos de fresco blanco y elevado penden sierbones de una velosidad negruzca, fibrosa y vaga que se convierten dentro del cerebro adormilado, en los gritos del silencio de esas soledades desgarradas por los golpes del motor de la lancha.

El Parismina es una lancha vieja que anda con las entrañas al aire. Las entrañas son este motor viejo de cinco caballos que produce un ruido infernal, de piezas cubiertas de un húmedo siniestro y cuyos movimientos hacen temblar la carne de los pasajeros; las mejillas sonrosadas del jefe del Resguardo se agitan de no modo que da risa. Debajo del mugir asoman las costillas negruzcas de la embarcación entre una agua verdosa. El piloto, que es un negro, y el maquinista, hacen juego con este motor viejo, cuyo brillo y vanidad han quedado perdidos en las aguas del Reventazón y de los Cañas. El maquinista, Pancho Sandino, hace cinco años trabaja en esta lancha y como siente que vive por estas remoliendes, Es de Puntarenas. Lo mismo que a la Estefanía, la vida lo arrastró hacia estos lados, como la corriente de los ríos arrastra esos palos que uno ve pasar flotando. Cuenta que por todas las partes por donde ha pasado, ha dejado hijos. El dice que hay que sembrar la semilla. Viene sentado en el piso de la embarcación, junto al motor, fuma y fuma en su pipa negra y tosca. Casi no quita la vista del motor. Con los ojos cerrados podría decir el lugar de cada tornillo, llave, cilindro, fuerza. Si no fuera porque de cuando en cuando parpadea sus ojillos verdes, se le podría tomar por un idiota indispensable para la marcha del motor como la aceitera que se encuentra a su lado. Cuando lleva fuerzas por los Cañas del Tortuguero, ni siquiera levanta la cabeza al oir las exclamaciones de estas, ante la maravilla del espectáculo. Hace veinte años cada viento la misma cosa.

Hay que recoger pasajeros en la hacienda Santa María. La lancha se acerca al pequeño puerto protegido por un grupo de cativos.

Se embarcan: un preso custodiado por dos guardas, unas mujeres jóvenes con paludismo y sífilis, que van para el Hospital de San Juan de Dios en San José y un hombre que lleva el mismo rumbo, acompañado por una mujer menuda con cara de hornigo. Este hombre se ha golpeado terriblemente el pecho y una pierna al cargar bananos en un lanchón de la finca. Casi no puede respirar ni enderezarse y tiene la pierna terriblemente hinchada y amoratada. Cuando se golpeó nadie le hizo caso, precisaba cargar la fruta, y después el dueño de la finca no tuvo tiempo de ocuparse del asunto. ¿Acaso los hombres enfermos cuentan en las fincas de banano?

El Hospital de San Juan de Dios en San José es un desaguadero de toda esa gente paludica, tuberculosa y sifilítica que sale de las fincas en donde se cultiva el banano que es una nutritiva golosina—según los yanquis al servicio de la United Fruit Co. versados en dietética.—En el hospital, la hermanita de la caridad encargada de las enfermedades venéreas le ya tercia Salvarsán a las pobres muchachas de pierna llagadas que caen en la embarcación, y la virgen del Señor les echará en cara su lividez al ver la mueca de dolor de las miseras al sentir la aguja hipodérmica introducirse con piadoso saña en la carne pecadora. Eso sí, no las curará los domingos ni días de fiesta religiosa por tratarse de enfermedades relacionadas con el pecado.

El peón que parecía un santo

Un día llegó a la finca Santa María Ignacio Parrales, un peón oriundo del Guanacaste. Unos treinta y cinco años lo más, regular estatura, delgado, cenceño, ojos oscuros que se quedaban mirando con tan apacible serenidad, que uno sentía como si por el espíritu pasaran una cinta de seda, y cuando sonreía y entreabría los labios, la blancura de sus dientes ponía como un leve temblor de luna sobre el rostro oscuro y castigado por las intemperies.

De todo sabía y entendía: era excelente cortador, excelente conchero y excelente mulero. Sabía construir ranchos y botes. Pocos días después de llegado a la finca, comenzó a enseñar a los niños de los peones y de los dueños a leer y a escribir. A unos y otros les narraba cuentos, les enseñaba a fabricar trampas para coger pájaros y bestezuelas de los bosques y les traía de sus excursiones chanchitos de monte recién nacidos. Cogía los avisperos y panales así no más, sin tomar precauciones y los insectos nada le hacían. Contaban que dormía las culebras y varias veces llegó a la finca con una coral arrollada en el brazo, y decían también que tenía secretos para dormir a los mordidos por serpientes venenosas.

Todo el mundo en la finca lo quería y le tenía confianza y en los cinco meses que pasó allí nadie lo vió borracho ni pelear con ninguno.

Pero un día llegaron los guardas y lo hicieron preso. Este era el falano que hacía cinco meses degolló al agente de policía de San Alberto. Parece que primero le dió un golpe en la cabeza para aturdirlo y en seguida con todo cuidado y como siguiendo una línea trazada de antemano le cortó el pescuezo.

Bien es verdad que este agente de policía de San Alberto era una buena pieza, ganaba un sueldito cualquiera, pero hubo meses que le salieron por ochocientos colones. Para todo se necesita maña. Se tenía un negro a quien llamaba el Cariador, que le servía de trompa en los días de pago. En cuanto los peones comenzaban a tomar, les echaba el Cariador para que les buscara camorra; y apenas los otros le hacían frente los llevaban el cepo (porque ha de saberse que aun cuando los cepos son prohibidos por la ley, todavía se usen en los pobladosde esas regiones bananeras), del que podían salir pagando una multe. Con estas multitas se ayudaba el agente de policía, a quien con tanto primor degolló aquel peón con cara de santo que se embarcó en *El Parismina* al mismo tiempo que las dos pobres muchachas paludicas y sifilíticas y el hombre golpeado en el pecho por un lanchón al cargar bananos.

VIVA LA REVOLU...

(Viene de la página 1)

luchado contra la Guerra que acababa de terminar. Entonces Debs tenía 65 años.

Durante la Revolución Rusa Debs declaró:

"Soy bolchevique desde la coronilla hasta la punta de los pies. Con todo mi corazón soy partidario de la Revolución Rusa, sin reserva alguna" "He sido acusado de simpatías por los bolcheviques rusos: me confieso culpable de la acusación."

Este es el primero y único **Día Internacional del Trabajo.** Pertenece a los trabajadores y está dedicado a la Revolución.

Hoy, los esclavos de todo el mundo, toman un respiro fresco en su larga y cansada marcha; se detienen un momento para limpiarse los pulmones y gritar con alegría: celebran en festiva camaradería su liberación que se aproxima.

Todos aclaman el **Día del Trabajo de Mayo.**

El día de la protesta proletaria:
El día de la austera revolución.
El día de la noble aspiración.

Levantad en alto en este día el estandarte rojo-sangre de la Revolución!

El pendón del Trabajador;
La bandera, la única bandera de la Libertad!

Así como la esclavitud de la clase trabajadora es internacional, así también es internacional el movimiento por su emancipación.

El saludo del esclavo al esclavo en este día es repetido en todos los idiomas humanos y su repique corre alrededor del mundo.

Por fin despiertan millones de hombres. Han sufrido por épocas innumerables; han apurado hasta la última gota la amarga copa de la miseria y del dolor.

¡Por fin, por fin los límites históricos han sido alcanzados y pronto un nuevo sol iluminará el mundo!

—

Roja es la corriente de vida de nuestro cuerpo y rojo nuestro símbolo de fraternidad universal.

Los tiranos lo niegan, lo temen; tiemblan de rabia y de terror cuando lo contemplan.

Nosotros lo sostenemos y en este día juremos de nuevo nuestra fidelidad—vengan la muerte o la vida—a la bandera rojo-sangre de la Revolución.

Un saludo socialista en este día para todos nuestros camaradas trabajadores. A las almas como de dioses, que en Rusia pasan con muecas horribles y sublimes a las fauces infernales del Infierno con el Canto de la Revolución entre el rechinar de su muerte; un saludo socialista al Oriente al Occidente y a todas las islas de los mares!

¡Viva la Revolución!

La palabra más heroica en todos los idiomas es **Revolución.** Se estremece y vibra; alegra e inspira. Los tiranos y los lacayos la temen, pero los oprimidos la echan al viento con alegría.

El trono tiembla cuando esta palabra vibrante es proferida, pero en la choza es aliento para el que tiene hambre y esperanza para las víctimas de la desesperación.

Glorifiquemos hoy las revoluciones del pasado y saludemos la Gran Revolución que está por venir, antes de la Emancipación que convertirá todos los días del año en un **Día de Mayo** de paz y de abundancia para todos los hijos e hijas del trabajo.

(No hay que olvidar que este canto del Primero de Mayo fué escrito en 1905 cuando la palabra socialismo se confundía todavía con la palabra comunismo.)

EL C. C. ACUERDA:

Transfiérese para el próximo Domingo 5 de Mayo la asamblea que debía verificarse el Domingo 28 de Abril.

Las razones de este acuerdo las conocen las células y secciones en circular que oportunamente se envió.

Un diálogo entre STALIN y el escritor inglés WELLS

Imposibilidad de conciliar por medio de simples reformas la situación ecnómica actual

Continuación de la entrevista entre el c. Stalin y el escritor inglés H. G. Wells, cuyo texto comenzamos a reproducir en el No. pasado de TRABAJO

WELLS. — Quizá sea yo, de nosotros dos, el que más fe tenga en la interpretación económica de la política. Merced a los inventos y a la ciencia moderna en general, se han puesto en actividad corrientes poderosas que conducen a un mejor funcionamiento de la colectividad humana; vale decir, al socialismo. La organización y la regulación de los actos individuales se han convertido en necesidad mecánica, independientemente de las teorías sociales. Si se comienza por establecer el control del Estado sobre los Bancos, luego se extiende a las Compañías de transporte y a la industria y al comercio en general, llegará al fin a crearse un dominio absoluto que equivaldrá a la propiedad del Estado en todos los sectores de la economía nacional. Tal será el proceso evolutivo de la socialización. De suerte que el socialismo por un lado y el individualismo por otro, no resultan tan diametralmente opuestos como, por ejemplo, lo negro y lo blanco. Hay grados intermedios entre ellos. Hay el individualismo que linda con el bandidaje y hay la disciplina y la forma de organizar que equivalen al socialismo. El organizar ya es ciencia conforme a un plan dependiente en mucho de los organizadores, de una intelectualidad técnica preparada y que pueda ir siendo paulatinamente convertida a los principios del socialismo. Esto es lo más importante. Porque primero se organiza y después instaurar el socialismo. La organización es el factor primordial. Sin la organización, el socialismo no es más que una idea.

STALIN. — No existe ni debe existir un contraste irreconciliable entre el individuo y la colectividad, entre los intereses de un individuo aislado y los de la sociedad colectiva. No debe ser, pues el colectivismo, que en el socialismo, no niega, sino que asocia los intereses del individuo con los de la colectividad. El socialismo no puede abjurar de los intereses individuales. Unicamente la sociedad socialista puede satisfacer de un modo amplio estos intereses. Es más, la sociedad socialista representa la única garantía real para los intereses personales. En tal sentido, no existe contraste irreconciliable alguno entre la "individualidad" y el socialismo. Pero ¿sería dable negar el contraste entre clases, entre las clases opulentas, la clase capitalista y la clase trabajadora, clase explotada? De un lado tenemos a la clase de los poderosos, en cuyas manos se hallan los Bancos, las riberas, las minas, los medios de transporte y las plantaciones en las colonias. Estas gentes no ven nada que no sea sus propios intereses y su afán de lucro. Lejos de someterse a la voluntad de la colectividad, se esfuerzan por dominarla. Por otra parte, tenemos la clase paria, la clase de los explotados, que no poseen fábricas ni Bancos y que necesitan vender a los capitalistas su fuerza de trabajo para poder vivir, imposibilitada como se halla para realizar las más elementales exigencias. ¿Cómo ha de ser posible conciliar intereses y tendencias tan opuestas? Que ya sepa, Roosevelt no ha encontrado la manera de conciliar estos intereses, cosa absolutamente imposible de realizar, según lo ha probado ampliamente la experiencia. Por lo demás, usted está más enterado que yo de la situación en los Estados de Norteamérica, ya que nunca estuve en dicho país y sigo las cuestiones norteamericanas principalmente a través de lecturas. Pero, en cambio, yo poseo cierta experiencia de lo que afecta a la lucha en favor del socialismo. Esa experiencia me dice que el Roosevelt intentara en realidad satisfacer los intereses del proletariado, a costa de la clase capitalista, esta última le quitaría por otro Franklin. Los capitalistas dirían: "Los Presidentes van y vienen, nuestros que nosotros los capitalistas continuamos intangibles; si este u otro Presidente no protege nuestros intereses, ya encontraremos otro Presidente que nos obedezca". ¿Qué objeciones puede un Presidente oponer a la voluntad de la clase capitalista?

WELLS. — Discrepo de esa clasificación simplista de la humanidad en pobres y ricos. Desde luego existe una categoría de gentes que no aspiran más que a lucrarse. Pero ¿no se cierto que esas gentes, tanto en los Estados Unidos como en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, son respetadas como doctores? ¿Son acaso pocos los médicos en los países civilizados para quienes la ganancia no es una finalidad; gentes que poseen ciertos medios de fortuna y quieren invertirlos para obtener una utilidad, pero sin que esto constituya el objetivo principal de sus actividades? Estas gentes consideran la inversión de sus fortunas como una necesidad más bien desagradable. ¿Acaso encuentran los ingenieros de talento que se dedican con fervor a sus labores, o economistas cuya actividad es estimulada por otro motivo que la ganancia? A mi ver existe una clase numerosa, compuesta de gentes competentes, que tienen conciencia de lo poco satisfactorio que es el sistema actual. Esas gentes están llamadas a cumplir una gran misión en la sociedad futura. Me he ocupado bastante en estos últimos años de esos estudios y he sentido más, cada vez, la necesidad de pagar las ideas socialistas y del correspondiente celo: ingenieros, aviadores, los círculos técnico-militares, etc. No tendría objeto, desde luego, acercarse a esos círculos llevando a ellos una abierta propaganda en favor de la lucha de clases. Todo el mundo sabe bien, en esos medios sociales, que la tierra entera se ha convertido en un caos sangriento, pero al mismo tiempo consideran que el antagonismo primitivo de la lucha de clases, tal como ustedes la entienden, es una aberración.

STALIN. — Discrepa usted de la que llama "clasificación simplista de la humanidad" en pobres y ricos. Es cierto que existen capas medias, que existe asimismo un cuerpo técnico, como usted lo ha dicho, y que entre esas clases no hay personas buenas y honradas. Del mismo modo que se encuentran malas y perversas. Hay de todo entre ellas. Mas ante todo, la sociedad humana sigue dividiéndose en ricos y pobres, en explotados y explotados. Apartarse de esa división fundamental y del antagonismo entre pobres y ricos, significa sencillamente desviarse del hecho fundamental. No niego la existencia de capas intermedias que oscilan hacia cualquiera de estos dos bandos principales, o bien ocupan un cierto lugar en la lucha social, a veces semineutral. Pero, repito que abstraerse de esa división fundamental de que hablamos y de sus bases primordiales existentes entre clases de base, significa ignorar los hechos. Esa lucha continúa y continuará. El proletariado, al desarrollarse allá podrá transformar la clase del proletariado, los trabajadores.

WELLS. — Pero ¿cree usted que son pocas las gentes que no caben de no estar catalogadas como pobres trabajan y lo hacen de un modo productivo?

STALIN. — Es evidente que existen pequeños labradores, artesanos y comerciantes modestos. Pero no son estas gentes quienes deciden la marcha de un país, pues dueños todo lo que la sociedad necesita.

WELLS. — Pero hay especialistas muy diferentes de capitalistas. Los hay que piensan tan sólo en la ganancia. Hay otros que están dispuestos a hacer sacrificios.

Así, por ejemplo, el viejo Morris; gentes como él no piensan más que en dividendos. Una amplia parálisis de la sociedad, que se dedican exclusivamente a acumular riqueza para su propio beneficio. En cambio, Rockefeller resulta un excelente organizador. Ha sabido dar un ejemplo al organizar la distribución del petróleo, y lo mismo también a Ford; sólo que él no estudia y egoista. Nadie puede negarlo, sin embargo, su febril entusiasmo de organizador en materia de producción, racionalizando ramo del que ustedes mismos no se han ocupado bastante. Deben hacer resaltar de paso que en estos últimos tiempos se ha venido operando de un cambio muy importante en la opinión de los países anglosajones para con respecto a la Unión Soviética. Esto se debe, en primer lugar, a la actitud adoptada por el Japón y a los acontecimientos que se han venido desarrollando en Alemania. Pero existen otras causas que, naturalmente, no provienen tan sólo de la política internacional. Hay una causa mucho más honda: el reconocimiento por parte de muchas gentes de que el sistema basado exclusivamente en la ganancia privada, es desastroso. En todas circunstancias se nos figura que en vez de invertir en el antagonismo que separa a los dos mundos deberíamos esforzarnos por armonizar en gran número todas las fuerzas constructivas que existan. Tengo idea, señor Stalin, de que en este aspecto resulta ser más lejos quizás que usted; creo que el sistema actual está más cerca de su fin de lo que usted cree.

STALIN. — Cuando [illegible] los capitalistas [illegible] hacer y a la [illegible] dería que esa [illegible] era de poder

"TRABAJO"
ORGANO CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA
Apartado 1386 — San José, Costa Rica
Redacción, Estudio Valverde
Administración, Morazán Barahona
Número suelto, ₡ 0.10 — Suscrición mensual ₡0.50

CONVERSANDO CON LOS TRABAJADORES

La Conquista del Poder Político

(DEL A B C DEL COMUNISMO)

El proletariado realiza su dictadura por la conquista del poder político. ¿Y qué es la conquista del poder? Muchas gentes creen que es tan fácil arrancar el poder a la burguesía como pasarse una bola de un bolsillo al otro. Esta manera de ver las cosas es del todo falsa y con alguna reflexión veremos en dónde está el error.

El poder del Estado es una organización. El poder del Estado burgués es una organización burguesa en la cual todos los hombres desempeñan papeles determinados; generales, ministros de estado, la clase acomodada, son nuestros o la cabeza de los ejércitos; los ministros que dirigen la administración salen de esa misma clase (pueden descender de gente del pueblo, pero por medio de influyentes relaciones y sobre todo por respeto servil a las instituciones burguesas han logrado ir a formar parte de esa clase). Y así sucesivamente.

Cuando el proletariado lucha por el poder, contra quién lucha? Lucha sobre todo contra esa organización burguesa. Pero si lucha contra ella, su obligación es de darle golpes que la destruyan. Y como la fuerza principal del Estado burgués está en su ejército, es necesario, sobre todo, para vencer la burguesía, minar y destruir el ejército burgués. En tanto que el ejército del adversario permanezca intacto, la revolución no puede vencer. La victoria sobre el zarismo de los mencheviques con Kerenski a la cabeza, no significó sino una victoria parcial del Estado zarista y una descomposición parcial de su ejército; sólo la victoria de la Revolución de octubre acabó por completo con el aparato de Estado del Gobierno provisorio y destruyó el ejército de Kerenski.

Es así que la revolución destruye el poder viejo y crea uno nuevo. Es evidente que en este nuevo poder entran partes esenciales del antiguo, pero se les utiliza de otra manera. La conquista del poder del Estado, no es pues, la conquista de la antigua organización, sino la creación de una nueva, de la organización de la clase que ha vencido en la lucha.

La burguesía está perdida el día en que se rompe su disciplina. No se puede, al mismo tiempo desear someterla y temer causarle mal.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.